

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Leyendas españolas: **EL ENVENENAMIENTO DEL CARDENAL CISNEROS**, por R. y A.—Recuerdos de una danza (vals), por R. Pérez y M. Sordo.—El pollo tuerto, por Javier de Burgos.—Tristes recuerdos (página artística).—Cuentos del concurso: **RAYO VENGADOR**.—Cartas ilustradas.—El torrero, por S. de Pierrelée.—Dibujos de un solo trazo, por R. Dargallo. La cabaña de Roque, por María Paz Alvarez.—**VIAJE COMICO AL POLO SUR**, realizado por dos estudiantes madrileños y un elefante andaluz.—La rueda de la fortuna, comedia de Sabau.—Nota cómica, de Benigno.—Correspondencia.—Y las divertidas **AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO**.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

INTERESANTE.—Lea usted en la tercera plana de la cubierta nuestros regalos del mes de Octubre.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



CÁNDIDO PEREZ Y MUÑOZ

(De catorce meses.)

Habitante en San Felipe (Chile.)

(23 de las fotografías admitidas.)



Cisneros examinando los planos del Hospital de Illescas

Cuadro de D. Alejandro Ferrant.

Fotografía de Laurent.

LEYENDAS ESPAÑOLAS

EL ENVENENAMIENTO DEL CARDENAL CISNEROS

EL cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros fué un gran político que gobernó tres veces el reino, habiendo llegado á la cumbre del poder y de la fortuna desde la humilde choza de una aldea.

Salió de Madrid el 2 de Agosto de 1517 al encuentro de Carlos I que venía de Alemania á heredar el trono de sus abuelos los reyes católicos. Antes de llegar á Aranda quiso Cisneros visitar á Torrelaguna, su patria, donde permaneció hasta el día 9 que se trasladó á Boceguillas. Tres horas antes de llegar á este pueblo el cardenal, le habían precedido dos hombres de mala catadura ocultos en anchas capas negras y jinetes en dos

soberbias mulas, los cuales se dirigieron al único parador que había; entregaron sus cabalgaduras á los mozos de cuadra, se instalaron en el cuarto que les habían destinado y pidieron dos botellas de buen vino.

Cuando fueron servidos, cerraron la puerta, se sentaron junto á una mesa uno frente á otro, y descubrieron sus rostros, que hasta entonces habían tenido ocultos con las enormes alas de sus sombreros chambergos.

—Bernardino—dijo uno de ellos, después de haber apurado el vaso que acababa de llenar—; si esta vez no logramos nuestro intento, merecemos que nos cuelguen por bobos.

—Bien dices que por bobos—replicó el

otro—; ya van tres veces que el *elefante* (1) se nos escapa de las uñas; pero ahora...

—Ahora no hay remedio, si no es que fallan también los polvos de ese maldito judío que me los ha hecho pagar á peso de oro.

Diciendo esto puso un papel sobre la ennegrecida mesa.

—Más fe tengo yo—contestó Bernardino— en estos que me ha proporcionado el doctor Parra.

—Yo sé bien que el judío no me ha engañado.

—La misma seguridad tengo yo del doctor; esto quiere decir, Pablo Coronel, que nuestras medidas están bien tomadas y que no fallará el golpe.

—¡Librenos Dios de lo contrario!—exclamó Pablo Coronel—; pero todo esto pudo haberse excusado si hubieras tú tenido más maña.

—¿Hablas del libelo infamatorio que escribí contra el «elefante»?—preguntó Bernardino á su compañero.

—No por cierto; aquello fué una venganza muy tonta.

—Entonces te refieres á la que tomé cuerpo á cuerpo y brazo á brazo.

—Di más bien de la que quisiste tomar.

—No, á fe mía: aunque no murió de ella

fué una venganza en regla. Figúrate que tan pronto como llegué á Alcalá donde él estaba gravemente enfermo...

—Ya me lo has contado veinte veces, Bernardino... Bebe y calla, dijo Coronel con ironía.

—No, que me has de oír ésta para que no vuelvas á motejarme de torpe. Estábamos

solos los dos en su aposento; él en la cama quejándose de sus dolores y yo dando paseos de un extremo á otro; cuantas tentativas hice para irritarlo habían sido inútiles, hasta que por fin tanto insistí, que logré apurarle la paciencia y que pro-rumpiese en dicterios, pues ya sabes su genio atroz; entonces me arrojé sobre él como un león y apretándole la cabeza con la almohada lo dejé por muerto.

—¡Sin reparar que era tu hermano!—dijo Pablo Coronel con una sonrisa de desprecio y apurando el vaso.

—Verdad que es mi hermano; pero le odio con mis cinco sentidos; me arrojé ignominiosamente de su palacio de Toledo, me ha perseguido por criminal...

—¡Porque quisiste asesinarlo!... Bebe, Bernardino, bebe—y Coronel le alargaba el vaso con desdén.

—¡Oh!, me las pagaré, Pablo, yo te lo aseguro.

—Ese es mi deseo—prosiguió Coronel—; pero es necesario que formemos nuestro plan, porque ya no puede tardar.



Retrato de Cisneros, reproducido de un bajo-relieve existente en el Instituto del mismo nombre.

(1) Llamaban así al cardenal Cisneros, porque tenía los colmillos muy levantados, y á tal punto se había generalizado este apodo entre sus enemigos, que llegó á vulgarizarse hasta en los pueblos más remotos de la península.

—El plan es muy sencillo; en haciéndole comer algo que esté impregnado de estos polvos, hemos concluído.

—Esa es la dificultad; ¿cómo echamos los polvos en su comida? ¿Fianos de la posadera no puede ser; presentarnos donde nos vea él ó alguno de sus criados, menos, porque nos conocen...

—Me ocurre una idea—dijo Bernardino—; á mi hermano le gustan mucho las truchas; aquí nadie sabe que va á llegar, pidamos todas las que tengan, que ya es de noche y no pueden reponerlas, y así le obligamos á que coma el sobrante nuestro.

—No te entiendo—dijo Coronel.

—Si las truchas vienen aquí, bobo, aquí las aderezaremos—replicó Bernardino.

—Eso puede descubrirse; mejor es echar los polvos en el aceite.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

En seguida llamaron al posadero; preguntaron si había truchas, y les dijeron que tres muy hermosas. Las mandaron freir al punto, y mientras se hacía esta operación, Bernardino distrajo á la posadera, y su compañero echó en el aceite los polvos. Sirviéronles la cena y ellos tuvieron buen cuidado de destrozarse dos truchas y arrojar por la ventana la carne para figurar que las habían comido; la otra restante, que era la más grande, la dejaron intacta, seguros de que la guardaría el mesonero, y que no teniendo otras, la presentaría al cardenal tan pronto como llegara. Su diabólico plan tuvo cumplido efecto. Apenas acabada la cena, pagaron la cuenta, pidieron las caballerías, y partieron dando por motivo que tenían que llegar antes del día á Aranda. No había pasado media hora, cuando entró en la posada Cisneros; iba sin comitiva, pero no obstante el mesón se alborotó como era consiguiente; se le preparó el mejor cuarto, y se aprovecharon todas las viandas para presentarle

una cena lo más decente posible. La trucha figuraba en primer término, porque la afición del cardenal á este plato era proverbial en toda Castilla. Cisneros cenó solo la trucha entera, y en seguida se acostó tranquilamente.

A los pocos minutos entraron en el mesón dos frailes franciscanos, y después de preguntar el uno de ellos, que parecía superior, con visible ansiedad por el cardenal, se dirigió á su estancia todo azorado.

—¡Señor! ¡Señor! — le dijo casi sin alienato—. ¿Habéis cenado alguna trucha?

—Sí, una.

—¡Infeliz de vos!

—¿Por qué, padre Marquina? ¿Qué motivo hay para tales exclamaciones?

—Hace pocos instantes, señor, que viniendo á vuestro encuentro por el camino de Madrid, con otro religioso que me acompañaba, hallamos un hombre que iba como de este pueblo, jinete en una gran mula y oculto con un sombrero de anchas alas y una capa negra. Al emparejar con nosotros se paró y nos dijo: «Padres, si van á ver al cardenal, dñense prisa á ver si pueden llegar antes que cene, y díganle que no pruebe de una gran trucha que le presentarán, porque contiene un veneno lento, pero muy eficaz; y si llegan después de cenar, que disponga su alma, pues es muy probable que no pueda resistir la fuerza del veneno».

El cardenal se incorporó en el lecho al oír estas palabras; llevó la mano al corazón, y permaneció algunos instantes silencioso y pensativo. Después, dejándose caer lentamente—Padre—dijo al franciscano—, si algo de esto hay, antes de ahora estoy envenenado, porque en Madrid recibí unas cartas de Bélgica, y me pareció que me entraba el veneno por los ojos, y desde entonces comencé á enfermar de un modo notable (1).

(1) Todo este pasaje lo refieren textualmente algunos historiadores.

Desde esta noche fatal, Cisneros no tuvo un día bueno, y á poco tiempo empezó á echar materia hasta por los oídos; tres meses más tarde pronunció en Roa estas palabras: *In te Domine esperavi*, que fueron las últimas de su vida.

Tal es el modo, como la leyenda refiere este suceso. Por más que repugne creer que un hermano atente contra la vida de su hermano, no sólo la leyenda sino la historia, nos asegura que Bernardino lo hizo tres veces con el cardenal.

R. Y A.

PÁGINAS MUSICALES

Vals "Recuerdos de una Danza" Para Piano

Dedicado á la Srta. Elisa Suarez.

RAMÓN FERRER POR ANTONIO VARDOLINO

EL POLLO TUERTO

UN gitano recupero
que un pollo vivo vendía,
al ver que en la mercancía
se fijaba un caballero:

—¿Me lo quiere usted mercá?—
dijo levantando el pollo—.

Miste que prenda, es un rollo
de manteca este animá.

El comprador, que era experto,
vueltas al pollo le dió,

y examinándolo vió
con disgusto que era tuerto.

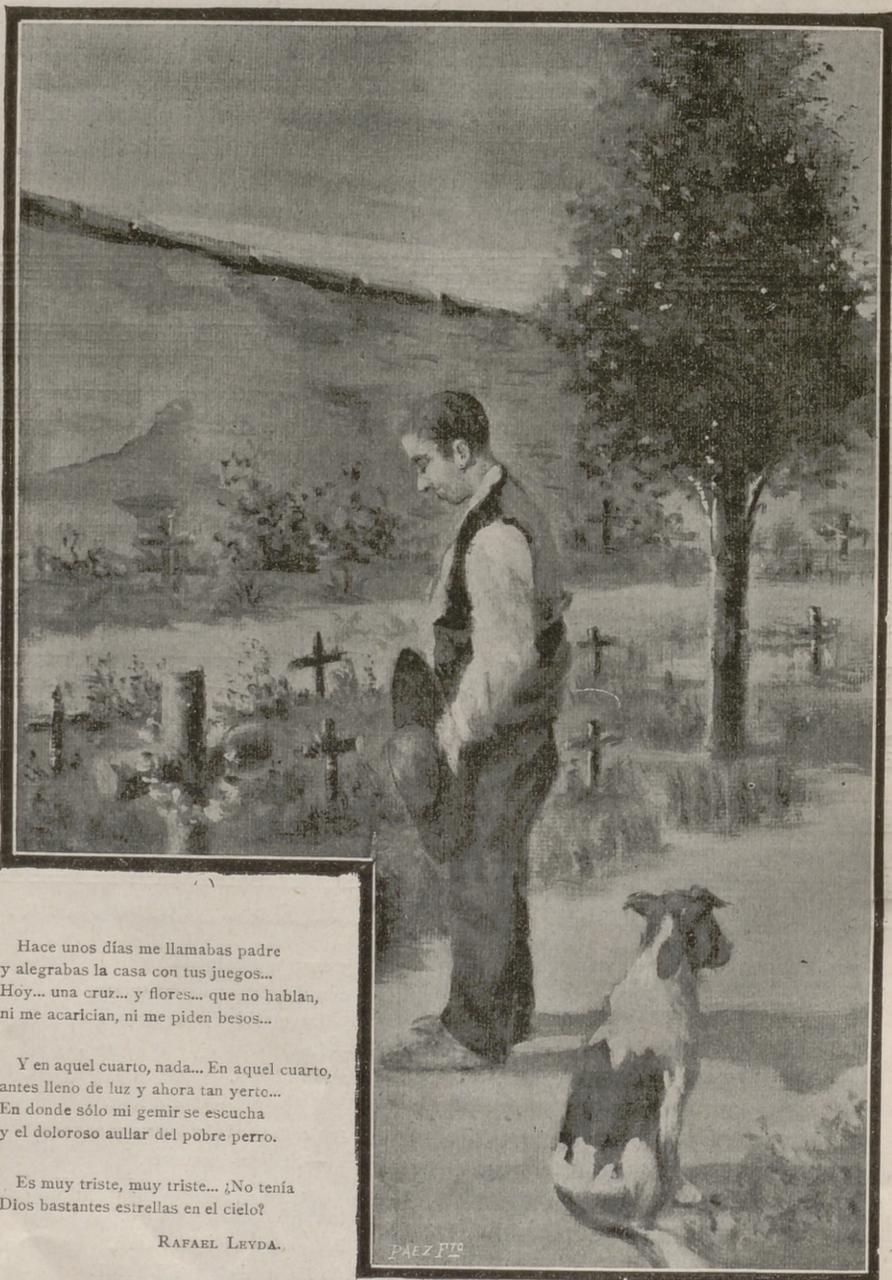
Devoliéndolo al gitano:
—Le falta un ojo—le dijo—,
no lo quiero.

—Pero, hijo,
¿no está gordo, y bueno y sano?

—Sí, pero es tuerto.

—Es verdá—,
le replicó el recupero—:
Pero, oiga usted caballero,
¿lo iba usted á poné á bordá.

JAVIER DE BURGOS.



Hace unos días me llamabas padre
y alegrabas la casa con tus juegos...
Hoy... una cruz... y flores... que no hablan,
ni me acarician, ni me piden besos...

Y en aquel cuarto, nada... En aquel cuarto,
antes lleno de luz y ahora tan yerto...
En donde sólo mi gemir se escucha
y el doloroso aullar del pobre perro.

Es muy triste, muy triste... ¿No tenía
Dios bastantes estrellas en el cielo?

RAFAEL LEYDA.

(Primera de las admitidas.)

Lema: MORRONGUITA.

CUENTOS DEL CONCURSO

RAYO VENGADOR

I

¡Adiós amada mía!

¡Adiós mi adorado!

Sonó un beso de amor y medió un abrazo.

Fué lo último.

El capitán Marcial de Irasuste, vencedor en cien combates, marchaba á la guerra.

Su amada María de Céspedes, quedaba desolada.

¿Sabéis lo que es capaz de sentir una mujer que ama la ausencia de su amado?

II

Pasó tiempo.

D. Pedro de Irasuste, padre de Marcial, era viudo y habíase enamorado de María de Céspedes, la hermosa entre las hermosas descendiente del gran guerrero astur, del inolvidable Pelayo.

D. Pedro sabía que María adoraba á su hijo único el intrépido Marcial.

Y D. Pedro aborrecía á su hijo porque no le consintiera proseguir la vida crapulosa que comenzara á la muerte de su virtuosa mujer.

El Sr. de Irasuste, no amaba á María, pero quería herir á su hijo en el corazón y lo consiguió.

Continuemos.

III

Aprovechando circunstancias que favorecían en un todo sus indignos planes, D. Pedro de Irasuste hizo circular por el pueblo la especie de que su hijo muriera luchando por la integridad del territorio nacional de allende los mares, é hizo más, llegó al extremo de disponer lujosas honras fúnebres por el desgraciado hijo que perdiera.

María lloró mucho y mucho tiempo la muerte de Marcial.

En tanto éste peleaba como un león en las calcinadas tierras cubanas.

IV

Pasó un año más y D. Pedro de Irasuste pudo llamar su esposa á la que debiera serlo de su hijo.

Los padres de María le habían impuesto un marido de su clase; un viejo enamorado que realizara con su unión una venganza indigna.

Y pasó tiempo.

María no era feliz, porque no podía amar á su marido.

Si el cuerpo era infiel al ausente, al muerto, según lo que se había dicho, no sucedía así en cuanto al alma de aquella desgraciada mujer.

V

Un día se presentó en el pueblo el ya entonces general Irasuste.

Las balas insurrectas habían respetado su vida.

Las tristes noticias que le comunicaron en el pueblo hirieron su alma.

Sufrió el martirio del corazón, mil veces más terrible que el corporal.

Pensó vengarse; pero renunció á ello, porque creyó ver que su santa madre le maldecía desde el cielo.

Don Marcial de Irasuste ingresó en un convento de redentoristas con el nombre de Fray Clemente.

VI

María supo la venida de Marcial; como una loca se presentó en el despacho de su marido y le exigió una explicación.

El desatentado padre, entre sardónicas sonrisas de esas que ponen los nervios en tensión, refirió á su esposa las causas que habían determinado su matrimonio con ella.

María lloró mucho.

Sus lágrimas hicieron más intenso el amor sentido hacia Marcial.

—No — contestó Juan—; al contrario, se opuso; pero, naturalmente, no pudo combatir mis derechos y libre voluntad.

—Señor Franco—dijo Jolliffe—, le aconsejo á usted como amigo que procure reservar esa opinión para usted solo; ya tendremos ocasión de hablar sobre el asunto, y le explicaré las razones porque le doy este consejo.

En aquel momento bajaron á la cámara Vigers y O'Connor, que habían oído la noticia de las herejías de Juan.

—¿No conoce usted á los señores Vigers y O'Connor?—preguntó Jolliffe á Franco.

Juan, que era muy cortés, se levantó y se inclinó mientras los otros tomaban asiento sin devolverle el saludo.

Vigers, por lo que había oído y por lo que veía de Franco, creyó que podría ser otro objeto de diversión para él, y sin ceremonias comenzó el ataque.

—¿Es decir, camarada, que usted ha venido á bordo para levantar un motín con su igualdad? El capitán le ha dejado á usted charlar á su mesa; mas no repetirá delante de nosotros lo que dijo en presencia del jefe. Aquí ha de haber alguno inferior á los demás, y ese es usted.

—Cuidado con lo que dice, señor mío: pues si yo no puedo consentir que tiranicen á nadie, claro está que tampoco he de tolerar ser tiranizado.

—Veo que se defiende usted bien; pero yo pondré á prueba sus teorías.

—¿Acaso no soy igual á mis compañeros?—preguntó Juan mirando á Jolliffe.

Este iba á responder; Vigers le atajó:

—Es usted igual que nosotros, si no le echamos de aquí á puntapiés para corregir su insolencia delante del capitán. Dentro de la cámara tiene el derecho de pagar lo que á ella se traiga, y el de tomar una parte si le dejan; puede usted hablar, si se lo consienten; en una palabra: en la

cámara de los guardias marinas la igualdad está en que los débiles sucumban ante los fuertes. ¿Quiere usted que le dé una lección práctica?

—¿Luego aquí, como en tierra, existe la ley del más fuerte?

—Sí, señor.

—¿Entonces no hay diferencia entre una escuela terrestre y una marítima?

—Ninguna. ¿Ha estado usted en algún colegio público? ¿Cómo le trataron?

—Como usted pretende tratar á los demás: haciendo que el débil sucumbiese ante el fuerte.

—Lo mismo ocurre aquí. Conque aténgase usted á lo dicho.

El pito llamó á los guardias marinas, y la voz de «acorten velas» puso fin al altercado.

Como Juan aún no había recibido ninguna orden, se quedó abajo con Mesty, el cual le dijo:

—Quiero á usted con toda mi alma, porque habla muy bien. En cuanto á Vigers no se ocupe de él: es usted más fuerte, y apostado la soldada de un mes á que le vence. No tema usted nada.

—Le agradezco el aviso; pero no me preocupa: he castigado á otros más fuertes que él.

Lo que decía el pequeño filósofo era cierto. El Sr. Bonnycastle, con tal de que sus discípulos supieran las lecciones, no se preocupaba de sus peleas, ni de los chichones que á lo mejor sacaban los contendientes.

Juan había luchado mucho, y era un buen atleta. No tenía la estatura de Vigers; pero estaba mejor dispuesto para la pelea. Frente á frente los dos guardias marinas, cualquiera conocedor hubiese apostado por Juan.

Cuando se nombró la guardia, Vigers, O'Connor, Gosset y Gascoigne bajaron á

la cámara. Vigors que, como hemos dicho, pasaba por el gallito de los guardias marinas, había dicho sobre cubierta que estaba dispuesto á volver á Juan el juicio perdido. Así es que los jóvenes bajaban con la esperanza de ver «toritos».

Apenas estuvieron en la cámara Vigors se dirigió á Juan en estos términos:

—Señor Franco, por lo que veo usted se ha propuesto comerse las provisiones de S. M. sin hacer trabajo alguno para merecerlas.

El pequeño filósofo, montado en cólera, le interrumpió:

—Ruego á usted que no se meta en lo que no le importa.

—Si usted vuelve á repetir esa grosería le haré mudar los dientes, aunque haya pasado ya de la edad reglamentaria.

—¿De verdad?—preguntó Juan que se acordó en aquel momento de las peleas del colegio de Bonnycastle—; ahora lo veremos.

En seguida tiró de chaqueta. Vigors, que no esperaba tal arranque, le miraba sorprendido; los demás compañeros gozaban ante la inminencia de la pelea y la esperanza de la derrota de Vigors; al cual deseaban ver vapuleado, como las muchedumbres dóciles gozaban ante el castigo del tirano á quien jamás hubiesen osado alzar la voz.

Vigors hubiera dado cualquier cosa por evitar el lance; pero él le había provocado y ya no era posible volverse atrás.

Vigors, como casi todos los valientes de oficio, era un fanfarrón que había cobrado su plaza merced á baladronadas, no á ningún acto de verdadero valor; Juan era prudente, pero nunca se dejó tentar la cara sin dar al contrario su merecido. El resultado, pues, estaba previsto: Vigors fué derrotado hasta el extremo de sacar su honra de valiente hecha jirones y tres

dientes de menos. Juan se quedó tan fresco: un ligero arañazo en un carrillo.

La noticia de la victoria corrió por todo el buque. Sawbridge se la llevó al capitán.

—No creí que sería tan pronto—dijo éste riendo—. Me figuré que la cámara de guardias marinas obraría en Juan prodigios, pero confieso que no los esperaba tan pronto. Esto, que en apariencia semeja victoria, es la mayor derrota que podía sufrir en sus teorías igualatorias. Que vaya á cumplir su obligación y pronto encontrará su nivel.

CAPÍTULO X

DONDE SE VE QUE Á BORDO «LA OBLIGACIÓN ES ANTES QUE LA DECENCIA».

El hecho realizado por Juan influyó poderosamente en su carrera y le proporcionó la amistad de sus compañeros; porque aquella preponderancia obtenida sobre Vigors la empleó en defender á quienes habían venido siendo objeto de sus burlas. El, como más fuerte, sería el defensor de los débiles, de los oprimidos.

Escuchábanle los guardias marinas con benevolencia, y aunque algunos le advertían los errores de sus argumentos, lo hacían con ciertas formas suaves.

De este modo el «novato» tornóse en campeón. Otra hubiera sido su suerte si Vigors le hubiese vencido.

El que más pacientemente escuchaba sus teorías igualatorias era el teniente Asper que, como ya dijimos, se había hecho su amigo por razones egoístas.

Paseando con Juan por la cubierta le daba consejos y le hacía ver cosas que le proporcionaban muchos beneficios. Decíale que no estaba en lo cierto en cuanto á las igualdades, y al propio tiempo le demostraba que para él no existía diferencia

alguna entre un guardia marina y un oficial.

Llegó el buque al Estrecho. Los tripulantes esperaban anclar al siguiente día en Gibraltar. Juan estaba en el castillo con Mesty, de quien era amigo íntimo, aunque aún no hacía tres semanas que estaban juntos.

La conversación fué interrumpida por el contra maestre que arengaba á un grumete:

—Hace diez minutos y veinte segundos que le he enviado á llamar.

—Perdone usted—dijo el grumete—; me estaba mudando de pantalones cuando recibí el aviso.

—¡Silencio!; ya debía usted saber que cuando es enviado á llamar por un oficial, con pantalones ó sin ellos debe usted acudir á la orden.

—¡Sin pantalones!—dijo el muchacho.

—Sí, señor; sin pantalones. Si el capitán me llamase yo acudiría hasta sin camisa. La obligación es antes que la decencia.

Diciendo esto el Sr. Biggs asió al muchacho de un brazo.

—Seguramente, Sr. Biggs—dijo Juan—, que no va usted á castigar á este muchacho por no haber venido sin pantalones.

—Voy á castigarle, Sr. Franco, porque tengo que darle una lección. Ahora se han traído al buque nuevas ideas; los jefes estamos obligados á sostener la dignidad del servicio, y la ejecución de las órdenes de un oficial no han de dilatarse diez minutos y veinte segundos porque un muchacho esté en paños menores.

Con esto el contra maestre administró varios golpes con su rebenque al muchacho; demostrando que, en efecto, éste había hecho bien en ponerse los pantalones antes de subir sobre cubierta.

—Ya tienes una lección—dijo Biggs al

muchacho al soltarle—; y ésta también es una lección para usted, Sr. Franco—continuó, alejándose con aire de importancia.

—¡Maldito irlandés!—gruñó Mesty—; ¡cómo castiga y qué tono se da!

Al día siguiente la *Harpy* estaba anclada en la bahía de Gibraltar. El capitán fué á tierra diciendo que le enviasen el bote á las nueve, después de cuya hora el puerto sólo se abría por permiso especial.

Daban un baile los oficiales de la guarnición aquella noche y enviaron una cortés invitación á los de la corbeta *Harpy*. Como los que aceptaran la invitación tendrían que detenerse hasta bien entrada la noche, no les era posible volver al buque, y como no se necesitaban sus servicios hasta el día siguiente, el capitán Wilson les concedió permiso para quedar en tierra hasta las siete de la mañana, á cuya hora mandó que estuviere dispuesto el bote para recogerlos.

El teniente Asper obtuvo licencia y la pidió también para llevar consigo á nuestro héroe, en lo cual consintió Sawbridge.

Otros muchos oficiales la obtuvieron asimismo, y entre ellos el contra maestre; el cual, sabiendo que sus servicios serían necesarios tan luego como empezase el equipo del buque, la pidió para aquella noche, y Sawbridge, comprendiendo que sería mejor concedérsela aquel día que en cualquiera otra ocasión, se la otorgó también.

Asper y Juan entraron en una fonda, comieron, pidieron camas y después se vistieron para ir al baile, que estuvo muy brillante y agradable.

El capitán Wilson asistió al principio de la fiesta y después se volvió á bordo.

Juan se condujo con su habitual cortesía; bailó hasta las dos de la mañana, y después Asper le propuso que se retirasen.

Habiendo acudido por segunda vez al ambigü, buscaron sus sombreros é iban á marchar; cuando uno de los oficiales de guarnición le dijo á Juan si quería ver un mono que acababa de traer: con esto, tomando una torta de la repostería, salieron al patio donde el animal estaba encadenado junto á un pequeño estanque. Juan le dió la torta, y no teniendo más que darle, el mono se abalanzó á él, y Juan, al retirarse, cayó en el estanque que tenía unos dos pies de profundidad.

Todos se rieron. Después, saludando al oficial, Asper y nuestro héroe volvieron á la fonda.

Como muchos oficiales de la *Harpy* habían tomado alojamiento en la misma fonda, en la cual había otros tres huéspedes, el dueño se vió obligado á poner á varios en una misma habitación; pero esto importaba poco; introdujeron á Juan en un cuarto que tenía dos camas y procedió á la operación de desnudarse. La otra cama estaba indudablemente ocupada, á juzgar por los ronquidos que saludaron la entrada de Juan.

Este, al desnudarse, observó que sus pantalones estaban completamente empapados en agua, y para secarlos abrió la ventana, los colgó hacia fuera, y después la volvió á cerrar para sostenerlos en aquella posición; hecho lo cual se metió en la cama y se quedó profundamente dormido.

A las seis de la mañana le llamaron, como había prevenido, y procedió á vestirse; pero su asombro no tuvo límites cuando observó que la ventana estaba abierta y que sus pantalones habían desaparecido. Era evidente que su compañero de cuarto había abierto la ventana durante la noche, y que los pantalones habían caído á la calle y alguno los había recogido. Miró otra vez por la ventana y ob-

servó que el que la había abierto durante la noche indudablemente se había puesto malo, demasiado malo.

—¡Gran borrachón he tenido por compañero!—pensó Juan—. ¿Qué hago ahora?

Dirigióse á la otra cama y vió que estaba ocupada por el contraamaestre. Y haciendo escudo de su filosofía pensó:

—Puesto que el Sr. Biggs ha creído prudente dejarme sin pantalones, tengo perfecto derecho á tomar los suyos hasta que llegue á bordo. Hace poco decía que la decencia debe posponerse á la disciplina; veremos cómo se presenta en el barco.

Tomó los pantalones de Biggs que aún roncaba, aunque el camarero le había llamado, y se los puso con tranquilidad, riendo extraordinariamente al pensar cómo obedecería las órdenes al hallarse en camisa. Luego entró en el cuarto de Asper, que le esperaba para pagar la cuenta; porque él, el hombre de más grande memoria, aquel día se había dejado el bolsillo en el buque. En seguida se encaminaron al puerto, donde otros oficiales aguardaban á que se llenara el bote para ir á bordo.

Cuando entraron en el barco Juan bajó á su cámara y se mudó de pantalones, dejando encima de una silla los de Biggs. Nadie vió la operación; pero el pequeño filósofo quiso depositar en alguien la alegría que por el cuerpo le retozaba, y contó el lance á Mesty. Este se rió á más no poder y subióse á cubierta para esperar el resultado de la aventura.

Veamos ahora lo que ocurría á Biggs. Cuando Juan salió de la fonda ordenó al camarero que despertara al contraamaestre, orden que fué obedecida. Biggs había bebido con exceso, con gran exceso, la noche anterior; de ahí que, como pensó Juan, se viese en la necesidad de abrir la ventana para arrojar por ella algo que le



EL TORRERO

Así habló Ives Legallec, guardián del faro:

—Yo he tenido miedo tres veces. Sólo tres veces. Pero en ellas purgué todos mis pecados, por grandes que sean los que haya podido cometer en este mundo miserable.

Aún siento escalofríos al recordar aquellos minutos espantosos. Y sin embargo, cuando la hora suena, sin vacilar vuelvo á mi faro... Mi faro, en el que tal vez una nueva angustia me aguarda. Mi faro, en el que mi vida es menos libre que la del más abominable bandido en el fondo del más cruel calabozo.

¿Sabéis vosotros lo que es un faro? De seguro pensáis: «Un faro es una gran bujía puesta á la orilla del mar para alumbrar á los barcos.»

Verdad que es eso. Una estrella que guía en las negras noches el camino de las naves, que preserva á sus cascos de romperse en las rocas, á sus quillas de hundirse en las playas. Pero lo que ignoráis es cómo, esta gran bujía se enciende, se entretiene... Cómo puede resistir el formidable aliento del huracán y el embate de las desatadas lluvias.

Esta luz es una alta y fuerte columna, hincada como un clavo en la cima de una roca que el mar cubre y salpica. Y hay días en el equinocio, en que la columna tiene siempre *sus pies* dentro del agua, en que de continuo

las olas la envuelven, la baten, la festonean con el albor de sus espumas.

El faro tiembla, gruñe, pero resiste. Es preciso que esclarezca la noche, que marque su ruta á los navíos.

Una escalera de caracol da acceso á lo alto. Para subir se necesitan espaldas no muy anchas, vientre no muy grueso y piernas ágiles.

¿Y sabéis lo que es pasar tres días y tres noches, sin oír más que el rugido de la tempestad, gritos de mochuelos y chorlitos gigantescos, de buhos espantables, eternamente coreados por el batir incesante de las olas?

¿Sabéis lo que es vivir tres días en una escalera, en la que el cuerpo, al pasar, frota las paredes como una bala frota el cañón del fusil?

¿Tres noches en un cuarto, en el que no podéis dar dos pasos sin tropezar con los muros?

¿Sabéis lo que es sentir cómo el calambre invade el cuerpo falto de movimiento? ¿Cómo en la habitación cerrada, para libraros del viento rudísimo, en torno de la lumbre, mal encendida, notáis el ahogo, la opresión en el pecho, el golpeteo de las sienas, la asfixia que os gana...?

¿Sabéis lo que es el deseo irrealizable, enloquecedor, de conocer lo que pasa en el resto del mundo, cuando se está allí, tan se-



parado de los hombres como si se reposara en el pequeño cementerio aldeano, á la sombra de la iglesia natal?

¿Sabéis lo que es releer el mismo libro, sobado y roto; oír repetir al camarada de prisión la misma manida historia, el mismo recuerdo...?

¿Sabéis lo que son esos silencios que se prolongan días y días, sólo interrumpidos por vuestro jadear de fieras y el rechinar de los escalones que subís y bajáis cien veces, para vencer la anquilosis física y moral?

¿No lo sabéis?... ¡Ah, si lo supieráis, conoceríais algo de nuestra vida!

Una noche—apenas hacía una hora que el compañero me reemplazaba—yo dormía. De pronto una serie de golpes secos, seguidos de lluvia de cristales rotos, me despertaron, cortándome un bello sueño. Me paseaba á lo ancho de una hermosa goleta, *La Brehal*, y trabábamos combate con un buque de guerra inglés. Aún despierto, pensé que soñaba; que el enemigo ametrallaba, en realidad, el faro.

Porque los golpes seguían, secos, claros,

como si fuesen de balas. Y los cristales se desprendían, uno á uno, estrellándose con un ruido irritante. El faro, tomado por asalto, destruído, caía en poder de los ingleses. Mi compañero había muerto en el combate. Su sangre goteaba en la escalera.

En aquel instante tuve miedo... Miedo por él... Miedo por mi faro, el faro de mi país.

Empuñé el cuchillo, subí la escalera en cuatro saltos... Ví á mi compañero caído, el rostro ensangrentado. Y cuando le miraba, un choque agudo, como un sablazo, me rasgó la mejilla. Caí también.

Tardé algunas horas en reanimarme... Mi frente se refrescaba con la brisa vivificante y deliciosa de un abanico, un gran abanico de plumas rosas y grises. Miré. Sobre mí había un hermoso pájaro, un flamenco. Al lado un pato salvaje graznaba lamentoso. Y en torno, una porción de aves batían las alas.

Comprendí. Una bandada de pájaros, de grandes pájaros, había chocado con el faro, rompiendo los cristales y el reflector y dejando al descubierto la lámpara. Milagrosamente ésta no se apagó hasta la aurora.

Y sobre las peñas, al pie del faro, cente-



nares de bestias, reventadas por el choque, yacían, en una hecatombe de plumas.



Otra vez, al inclinarme para recoger no sé qué del suelo, noté que se me caían los anteojos ahumados que puestos llevaba. Quise atraparlos en el aire, pero lo hice con tan mala suerte, que puse el pie sobre ellos en el instante que tocaban en tierra, y los rompí.

Juré y maldije... Sólo me oyó el mar, y me fuí á encender la lámpara.

Caía el día lentamente. El mechero se iba encendiendo y la corona llameante subía.

Pero á la media hora, cuando quise graduar la luz, conocer su intensidad, sentí en mis pupilas sin defensa una especie de quemadura, un escozor invencible, que me obligó á cubrírmelas con las manos.

Y cada vez que quería, quitándome éstas, fijarme en la luz, su brillo se me hacía más intolerable. Tanto, que de repente sentí en los ojos un dolor intenso y me pareció que la vista me faltaba.

¡Estaba ciego! Un miedo atroz, una angustia infinita se apoderaron de mí. ¡Ciego! ¡Adiós mi plaza, mi pan, mi vida! Quise des-



cender para llamar á mi compañero, porque no encontraba el botón del timbre, y al empezar á bajar me escurrí. Rodé la escalera y me abrí la frente.

Saltó la sangre, corrió en terrible hemorragia. Conforme corría, me pareció que la niebla de mis ojos se disipaba. ¡Estaba salvado! ¡Veía!...



Mi tercera angustia fué la más cruel. Hacía tres días que conmigo habitaba un nuevo compañero. Mal principio tuvo. Batía la tempestad furiosamente. Y él, que venía de un arsenal, en que la existencia es activa, amplió el lugar disponible, muchos los camaradas, sufrió un choque terrible que le deprimió.

Su guardia iba á terminar. Yo me había despertado, vagamente inquieto por su aire extraño. No me llamaba. Subí. Al verme, él, mudo hacía muchas horas, se puso á hablar á borbotones. Palabras incoherentes, frases sin ilación... Quería romper la lámpara... Tirarme al mar...

Tuve que trabar con el loco una lucha espantosa. Sentí miedo... no por mí, por el

faro... por él... Un momento sobre todo en que me creí forzado á matarle para salvar mi vida.

Así estuvimos toda la noche. El faro se debilitaba, se extinguía... De un lado mi existencia... Del otro mi deber.

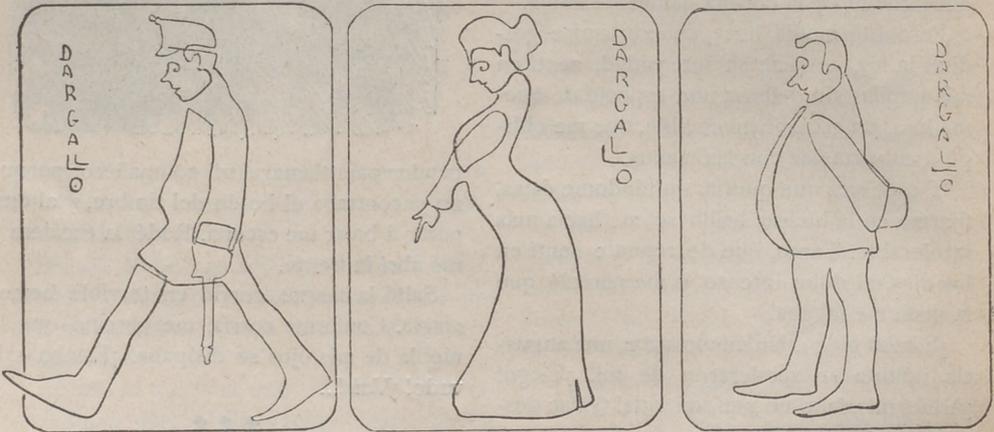
De pronto oyóse ruido en la escalera. Un bote guarda-costas había abordado, al ver que el faro se apagaba. Me ayudaron á suje-

tar al loco, y pude alimentar la luz... ¡Ya era tiempo!

¿Qué me espera aún en él? ¿Qué nuevos terrores? ¿Qué nuevas angustias? No lo sé... Sólo siento—y su voz se hizo triste—que el tiempo pasa y al fin los años me arrancarán de mi prisión solitaria, en medio de los mares.

S. DE PIERRELÉE.

DIBUJOS DE UN SOLO TRAZO, por el niño Remigio Dargallo.



DE COLABORACIÓN

La cabaña de Roque

Como dominando á Pravia
y en un sitio encantador,
se alza humilde y silenciosa
la cabaña del pastor

Roque, un excelente hombre,
un hombre de corazón
sano, que hace muchos años
para sí la construyó.

Un campo verde, precioso,
cual nido de ruiseñor,
sirve de asiento á la casa
donde el buen Roque fincó.

Nada puede compararse
á tan hermosa mansión
que de sus más ricas galas
Naturaleza vistió.

Paraíso y no otra cosa
diríase aquel rincón,
que es el encanto de Pravia
y es, sin duda, lo mejor.

Crecen árboles frutales
de la cabaña en redor,
que prestan sombra y encanto
á aquel lugar de esplendor.

Disfrútase allí alegría;
se alborota el corazón
cuando á Pravia se contempla
desde casa del pastor.

MARÍA PAZ ALVAREZ.

VIAJE COMICO AL POLO SUR

REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ,
QUE ES QUIEN CUENTA LAS TERRORÍFICAS Y ESPELUZNANTES AVENTURAS

(Continuación.)

torrilla. Y el globo baja que te baja con irresistible fuerza; y Espiridión chilla que te chilla con voz de grillo huérfano. ¿A qué obedecía aquello? Registraron todos los registros del globo; nada había anormal; registraron sus bolsillos y encontraron una pape-

—¡Ahora lo comprendo todo!
—¿Qué causa mi desventura?
—¡Tú estás herrado, Espiridión!
—Si creerás que es delicioso estar clavado en el suelo sin poder moverme.
—Te digo que estás herrado con h.



leta de empeño que tiraron al suelo. ¡Nada! El globo seguía bajando, y yo sin estornudar, á Dios gracias; prueba evidente de que no estaba allí el Polo.

Al fin damos una sacudida rápida y Espiridión se queda clavado en el suelo. ¿A qué causa misteriosa obedecía aquello? Porque el joven no se podía mover, en tanto que nosotros caminábamos á placer. ¡Qué apuros! ¡Qué angustias! ¡Qué tormentos! ¡Qué situación! La trompa se resiste á describirla.

El lugar adonde nos hallábamos era una enorme roca *pelada* que no mediría menos de dos pies ingleses de altura; la nieve *cubría* la vasta *vegetación*; sólo había un pequeño espacio de *tierra* en que la nieve dejaba al descubierto la roca: el punto, precisamente, en que Espiridión permanecía clavado. Después de muchas averiguaciones, cálculos y teoremas, á Nicéforo se le ocurre una idea, y dice como en el teatro:

—¡Hombre no gastes bromitas!
—Hablo muy en serio. Espiridión ¿llevas en las botas medias suelas? —esto dicho con acento melodramático.

—Sí.
—¿Clavadas ó cosidas?
—Clavadas.
—Pues tus botas son el origen de tu situación.
—¡Pero hombre, si están casi nuevas!
—No es eso. Esta es la montaña del imán, que, según Darwin, se halla á 947° y 17" del polo Sur. Quítate las botas y en marcha.

Espiridión se quedó descalzo como quien dice, y después de lanzar una cariñosa mirada á las botas, preguntó á su compañero:

—¿Hacia dónde vamos?
—A las entrañas de la tierra. Si los cálculos de los grandes geógrafos no están equi-

(Dibujos de Ramírez.) (Se continuará.)

LA RUEDA DE LA FORTUNA

PIEZA CÓMICA

PERSONAJES

FROILÁN, portero.
FRUTOS, tendero.
BENITO, memorialista.

CANELITA, vendedor de periódicos.
SRA. RITA, mujer de Froilán.

La escena representa una calle.

FROILÁN. ¡Yo estoy loco! Loco de alegría. ¿Saben ustedes por qué? Seguramente no. Pues se lo voy á decir. Dentro de unos días caso á mi hija Eudisia con el hijo del tendero de la esquina, el hijo del señor Frutos, que es íntimo amigo mío. ¡Lo menos hace tres semanas que le conozco! ¡Así es que estoy contentísimo por entrar en su familia! Como que es honradísima y tiene varias tiendas...; porque yo sé que hay varias de Frutos Coloniales, y creo que serán suyas...; y como Fermín es hijo único, llevará una buena suma al matrimonio. En cambio yo no puedo dar á Eudisia más que una dote de 16,30 pesetas, ¡ya se ve que es poco!, pero para los tiempos que corren... (*Canelita viene por detrás sin ser visto y le da un cachete.*) ¡Eh! ¿Quién ha sido? ¡Siempre será el tuno de Canela! Como le coja le mato. Pero ¡calle! allí viene Frutos.

FRUTOS. Buenos días, querido Froilán.

FROILÁN. ¡Amigo Frutos! ¿Cómo vamos? (*Se abrazan.*)

FRUTOS. Bien, y tú, consuegro? Dejarás que te dé este nombre.

FROILÁN. Me honro con eso.

FRUTOS. De ninguna manera. El honrado lo soy yo; ya se va acercando la fecha; no falta más que sacar algunos papeles para la boda de los chicos.

FROILÁN. Bien hombre, bien.

FRUTOS. Fermín vendrá á las diez á buscar á la novia; luego hablaremos nosotros de la dote y demás...

FROILÁN. No está mal pensado eso.

FRUTOS. Pues hasta después. (*Se abrazan.*)

FROILÁN. Ve con Dios.

CANELA. (*Dando otro golpe á Froilán.*) ¡Je! ¡je! ¡Pápá político!...

FROILÁN. ¡Como te coja! ¡Ya se lo diré á tu madre!

CANELA. ¡Ay que miedo!

FROILÁN. ¡Demonio de chiquillo! Qué tarde abre su despacho el memorialista. ¿Y qué será eso que saca en la mano?

BENITO. Buenos días, vecino.

FROILÁN. Hola, señor memo...rialista. ¿Qué papel es ese?

BENITO. Es la lista oficial de la lotería del sorteo celebrado ayer.

FROILÁN. ¿Sí?... Pues me va á hacer un favor. Yo he tomado un décimo sin que lo sepa mi mujer, y como no sé leer, usted me dirá si he ganado. Voy por el billete.

BENITO. Puede que se haga ilusiones. Lo que es el premio gordo ¡que se limpie!, ese no le toca á nadie.

FROILÁN. Aquí está el décimo. Mírelo usted (*juego cómico, Benito consulta el billete y mira de arriba abajo la lista*) ¿Me habrá tocado? Dice que sí. (*Benito mira la lista de derecha á izquierda.*) Ahora dice que no...

BENITO. ¡Ay!

FROILÁN. ¡Eh! ¿Qué es lo que hay?

BENITO. ¡Le ha tocado!

FROILÁN. ¿De veras?

BENITO. Mire usted (*le enseña el billete*) 6.996, y mire (*enseñándole la lista*) 6.996. ¡El gordo! ¡Veinte mil pesetas al décimo! Una porción de pesetas; puestas en fila llegan de aquí á París.

FROILÁN. ¡Quiá!, no llegan, porque me las gasto antes. (*Se pone á bailar.*) ¡Laralá, laralá! (*Vase Benito.*)

RITA. Pero Froilán, ¿qué es eso? ¿Por qué demonios bailas?

FROILÁN. ¡De alegría!

RITA. Pues ¿qué ocurre?

FROILÁN. Figúrate, Rita de mis entretelas, que el otro día saqué un décimo.

RITA. ¡Ah, pillo! ¿Es así cómo empleas tu dinero? ¡Granuja!

FROILÁN. Cálmate Rita, que nos ha tocado.

RITA. ¿De veras? ¡Ah, qué alegría! (*Se desmaya.*)

FRILÁN. ¡Que pesas mucho Rita! Levántate y anda. Tenemos que ocuparnos en cosas serias.

RITA. Tú dirás.

FRILÁN. He pensado que, en nuestra situación, no podemos dar la mano de Eudosia al hijo de ese tenderucho. ¡Qué diría el mundo! No podemos casarla más que con un joven de la *high-liffe*, con un banquero ó un dentista, en fin, algo así. Ya sé que Frutos no quedará contento, pero qué se le va á hacer...; y, á propósito, ahí viene, déjame á solas con él. Tomaré un aire digno. ¡Ejem! ¡Ejem!

FRUTOS. ¡Amigo Froilán! Todo marcha, la boda será pronto. (*Froilán tose.*) Pero ¿qué tos es esa?

FRILÁN. Un aire... un aire digno.

FRUTOS. ¿Qué te pasa? Vengo á hablarte de la boda de los chicos y no me respondes.

FRILÁN. ¿Y qué quieres que te diga? Esa boda es imposible.

FRUTOS. ¿Cómo imposible? Si hace un momento decías que la arreglase pronto.

FRILÁN. ¡Puede! Pero las cosas han cambiado.

FRUTOS. ¿Las cosas?

FRILÁN. Sí, las cosas...; hace un momento yo era un simple portero, y ahora ya no soy portero.

FRUTOS. Entonces no eres más que simple.

FRILÁN. Soy el poseedor de un décimo premiado con el gordo. ¿Te enteras?

FRUTOS. ¡Ah! ¿Y por eso reniegas de nuestra amistad, por un puñado de reales?

FRILÁN. No es tan poco.

FRUTOS. ¡Bien! Froilán haz lo que quieras; pero no olvides mis palabras: tú te arrepentirás (*Froilán se ríe*), tú te arrepentirás, no lo olvides. (*Vase.*)

FRILÁN. ¿Yo arrepentirme? ¿Con veinte mil pesetas? Frutos no sabe lo que se dice.

RITA. Pero Froilán, ¿en qué piensas que no te vas á cobrar el premio?

FRILÁN. Es verdad, yo debo... debo cobrar. ¿Y dónde?

RITA. Donde lo hayas comprado.

FRILÁN. A una ciega.

RITA. ¡Qué ciega, ni qué...! En la administración correspondiente; ahí tendrá el se-

llo... calle del Pez, 10, á un paso. Despacha pronto. ¡Corre! (*Se abrazan y vase Froilán.*) Yo me voy á ver al casero, y á decirle: Señor propietario, al presente tenemos una posición como la de usted, muy desahogada, puede que le parezca demasiado desahogada, pero yo se lo digo; por tanto, ahí queda la portería, ese cuchitril indecente, y me voy á buscar una habitación en armonía con nuestra posición social. (*Canelita que la escucha le da un tirón del pelo, ella sale gritando.*)

CANELITA. ¡Bruja, más que bruja! Le ha tocado el gordo y no es capaz de dar un céntimo á un pobre.

RITA. (*Con una escoba.*) ¡Se ha ido! Aquí no se puede vivir. En cuanto venga Froilán nos mudamos. (*Froilán aparece.*) ¿Qué hay? (*Froilán viene emocionado y no puede hablar.*) ¡Vamos, habla! (*hace esfuerzos inútilmente.*) ¿Te estás burlando? ¿Y el dinero, pillo?

FRILÁN. ¡Echale un galgo!

RITA. ¡Cómo!

FRILÁN. Sí, hija, sí. He ido á la administración, Pez, 10, y detrás de un cajón, con unos palitos como una jaula, estaba un señor muy amable; le he dado mi billete, y después de mirarlo media hora, me dice sonriendo: «¿Qué es esto?» El décimo que ha ganado el gordo; y entonces él me dice: «Póngalo del otro lado y quizá...»

RITA. ¿Eh? ¿Y por qué decía eso?

FRILÁN. Porque el mostrenco de Benito se ha equivocado al mirar la lista; él tenía el billete del revés, el número premiado es el 9.669, y yo tengo el 6.996. (*Lloran amargamente, y se llevan las manos á la cabeza.*)

RITA. ¡Nos ha caído la lotería!

FRILÁN. ¡No hija! Desgraciadamente no; yo que hace un momento me creía rico... ¡Arruinado sin haber tenido nunca una peseta! ¡Cómo se van á reír de mí! Frutos, sobre todo, que dijo que me arrepentiría...

FRUTOS. ¡Hola, querido Froilán! ¿Permites que te dirija la palabra?

FRILÁN. ¿Y por qué no, amigo del alma?

FRUTOS. ¡Demonio! Pues ¿y la distancia que nos separa?

FROILÁN. (Se burla de mí).

FRUTOS. ¿Y tus veinte mil pesetas? Supongo que ya las habrás recibido.

FROILÁN. Te diré... verás (¿y qué le digo?): figúrate (no sé qué decirle).

FRUTOS. Pero ¿qué es eso? Estás emocionado.

FROILÁN. No; es que... Frutos, te voy á abrir mi pecho (*Frutos se cruza de brazos*). Pero ¿qué tienes?

FRUTOS. Nada.

FROILÁN. (Yo estoy seguro de que es á él á quien le ha tocado el gordo.)

FRUTOS. ¿Tú has conocido á mi tío Ramón?

FROILÁN. ¡Vaya! Buena persona.

FRUTOS. Buenísima. Figúrate que ha tenido la delicadeza de nombrarme su heredero. Trescientas mil pesetas para mí solito.

FROILÁN. ¡Cómo! ¿Ha muerto? ¡Un tío tan bueno! (Este me manda á paseo.) Y yo que...

FRUTOS. Pero ¿qué te pasa Froilán?

FROILÁN. Nada, amigo mío; todo lo que me pasa lo merezco: mi desengaño, tu desprecio, ¡todo!...

FRUTOS. ¿Mi desprecio? ¿Pero tú crees que todos tenemos el corazón seco como tú? ¿Crees tú que un puñado de reales puede hacer cambiar el mío? Te equivocas amigo; yo tengo mucho gusto en tenderte mi mano y en suplicarte renovemos nuestra franca amistad.

FROILÁN. Tienes un corazón de oro. Ven á mis brazos; yo haré votos para vivir más que una cotorra, á fin de acabar mi existencia á tu lado. (*Se abrazan y cae el telón.*)

JOSÉ SABAU.

INGENUIDAD



—Dice mamá que ya no se pone el sombrero porque las flores están mustias; las regaré para que se pongan otra vez lozanas.

ADVERTENCIA.—Con objeto de publicar íntegra la comedia, nos vemos en la necesidad de suprimir la sección de **Pasatiempos**.

CORRESPONDENCIA

Rosario y María Paz Alvarez.—Pravia.—Tienen bastante que corregir sus envíos; pero como revelan un notable adelanto, los insertaré cuando los tenga arreglados.

S. D. C.—¿No incurrirá usted en la *Rápida* en aquello que intenta censurar? Si me garantiza la originalidad la insertaré. De lo otro no hay motivo; pueden hacerse los pasatiempos como lo ha hecho el autor á quien alude. No he visto la carta que me indica, ni dejo ninguna por contestar.

Vicente Más.—Sóller.—La curiosidad me gusta mucho, y así es como yo entiendo la *Información gráfica*: con cosas que ilustren y amenicen. Envíe usted más. ¡Ah! ¿Es original de usted la descripción?

Leonardo Ordoño.—Madrid.—Su envío me gusta; entra en turno.

Juan Cano.—La Línea.—Muy bien. Me satisface su laboriosidad.

Mariano Albarrán.—Palencia.—Hay que *apretar* más en los pasatiempos, amigo Albarrán.

Carlos Hartley.—Madrid.—Muy bien.

Antonio Fernández.—Idem.—Entra en turno.

M. Baturone.—San Fernando.—Trabaja usted muy poco. Su envío entra en turno.

Teodoro Goñi.—San Sebastián.—Admitida.

Francisco Petit.—Pueblo Nuevo del Terrible.—Entra en turno.

Imprenta de P. Apalategui, Pozas, 12, Madrid, tel.º 1.723.

Regalos á nuestros lectores

sólo por un mes

A todos los que se suscriban por seis meses en Madrid ó provincias, les regalaremos los números que van publicados de las

Aventuras de un pequeño filósofo

A los que se suscriban por un año, además de los números que ofrecemos á los suscriptores de semestre, les regalaremos la preciosa novelita

DÍA FELIZ

lujosamente encuadernada.

ADVERTENCIA.—Estos regalos sólo los concedemos durante el mes de Octubre.

No se admiten sellos de Correos. Los envíos de provincias pueden hacerse en libranzas de Prensa, que se venden en todos los estancos. No es preciso certificar las cartas. Los que deseen recibir certificados los regalos, deben enviar un sello de 25 céntimos.

PARA LOS ANTIGUOS SUSCRIPTORES

Tenemos á su disposición los bonitas tapas de la novela **DÍA FELIZ**. Para recogerlas sólo es preciso presentar el recibo los de Madrid, ó enviar una faja acompañada de un sello de 10 céntimos los de provincias.

LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BABQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MÁS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

Para anuncios en los periódicos de Madrid y provincias dirigirse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

CALLE MAYOR, 1.—TELÉFONO 123.—MADRID

PERCHAS "Navas y Comp.^a"

(Con patente)



Recomendables para los Colegios y particulares 

 No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas 

 Pidanse precios á los señores NAVAS Y COMPAÑÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

50 céntimos.

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á 15 céntimos.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía,

Precios sin competencia,

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de **ROSA Y AZUL**.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros.

26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.

 » jerga » 10 »

 » Gabanes » 10 »

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.

 » Gabán » 85 »

Todo confección esmerada y géneros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibaillar **BONALD**, de thlocol-cinamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid